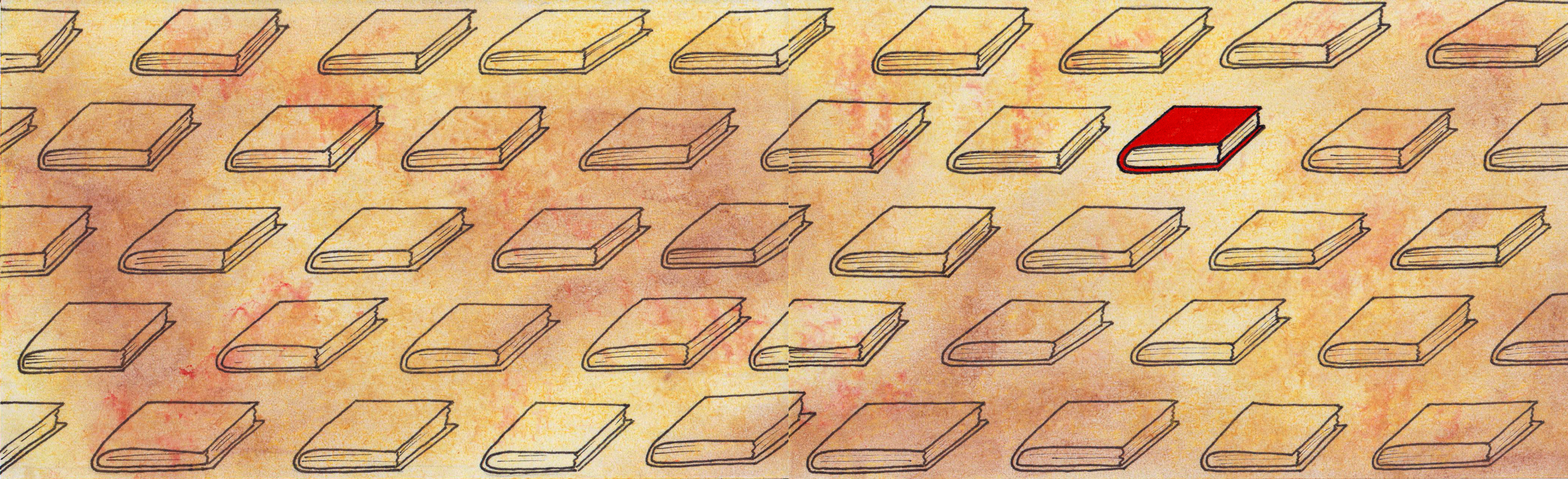


Las palabras perdidas

Anna Zapico Estivill



Título:
Las palabras perdidas

Autora e ilustradora:
Anna Zapico Estivill

1ª edición:
junio de 2013

Impresión y encuadernación:
Service Point
Consell de Cent 314
Barcelona

Las palabras perdidas

Anna Zapico Estivill

A los que me sostienen de pie en las fuertes ráfagas de viento,

incluso aquellas que huelen a mar...

...y a verano.

…y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Leo había terminado de leer su cuento favorito otra vez.

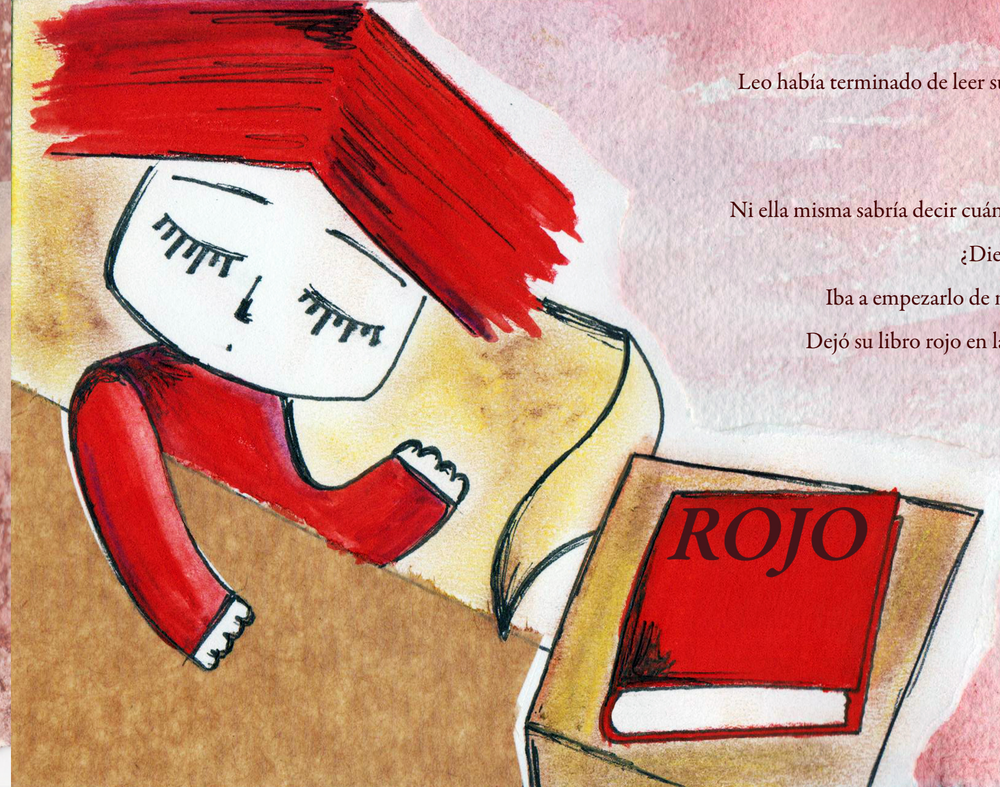
¡LE ENCANTABA!

Ni ella misma sabría decir cuántas veces se lo había leído.

¿Diez? ¿Catorce? ¿Veintisiete?

Iba a empezarlo de nuevo pero ya tenía sueño.

Dejó su libro rojo en la mesita y se fue a la cama.



A media noche Leo se despertó.

Escuchaba susurros. Al principio no sabía de dónde venían. Poco a poco se dio cuenta que eran los libros de su habitación. Siempre habían estado allí pero Leo nunca no se los había leído. Ella prefería su libro rojo. Los susurros seguían. Leo, sin moverse, escuchaba en silencio:





Escuchó como el libro **ROSA** decía:
¡Nunca me ha leído!

Escuchó como el libro **VERDE** decía:
¡Ni siquiera se sabe mi título!

Escuchó como el libro **AZUL** decía:
¡Nunca me ha pasado de página!

Dijeron algo más en voz baja y un momento después los títulos de los cuentos se desprendieron de sus portadas y salieron volando por la ventana. Querían encontrar a alguien que les prestara un poco de atención.

Leo se dio cuenta de que había pasado tanto tiempo con su libro rojo que había olvidado a los demás.



Al principio se sintió culpable porque nunca se los había leído pero rápidamente decidió que, cuando saliera el Sol, ella misma iría en busca de las palabras perdidas.



Al día siguiente Leo se levantó con mucha energía y, con la mochila a la espalda, salió a la calle. Había jugado muchas veces al escondite así que estaba convencida de que encontrar las palabras sería muy fácil.

Empezó a caminar por las calles de su ciudad.

Buscaba detrás de los árboles, pero no encontraba nada.
Buscaba entre los arbustos, pero no encontraba nada.
Buscaba debajo de los bancos, pero no encontraba nada.



Ya llevaba muchas horas andando y Leo empezó a tener hambre. Se acercó a una pastelería y, mientras miraba el mostrador para decidir que se compraría, observó que en uno de los cartelitos las letras brillaban de manera extraña. **¡Por fin había encontrado el primer título!** ¿Pero que tenía que hacer para recuperarlo?

Leo leyó el título: **PAS-TEL DE FRE-SA**
Seguía brillando, pero no pasaba nada.

Lo pronunció con más fuerza: **¡PASTEL DE FRESA!**
Pero no pasaba nada.

Lo dijo lo más rápido que pudo: **PASTELDEFRESA**
Pero no pasaba nada.

La pastelera interrumpió a Leo y le preguntó:
- ¿Eso es lo que quieres princesa? **¿Pastel de fresa?**

Entonces Leo tuvo una idea y mirando hacia las brillantes letras dijo:

Yo no quiero una hamburguesa
ni que sepa a frambuesa
lo que quiero y me interesa
es ese... **¡PASTEL DE FRESA!**





Las letras se desprendieron y llegaron a las manos de Leo.
Abrió la mochila y las guardó con cuidado.
¡Por fin había conseguido el primer título!

Leo siguió andando, ahora más tranquila y al pasar por un parque...

¡GUAU GUAU GUAU!

Leo se asustó y se giró hacia donde estaba el perro que ladraba.

Para su sorpresa vio unas letras que brillaban.

Se puso muy contenta y se acercó para leerlas:

¡A-TEN-CIÓN!





Se quedó pensando y, mirando hacia las brillantes letras, dijo:

El perro sin corazón
me avisa con decisión.
Hay que andar con precaución
y prestar mucha...

ATENCIÓN

Las letras se desprendieron y llegaron a las manos de Leo. Abrió la mochila y las guardó con cuidado.

¡Había conseguido el segundo título!

Leo cada vez estaba más contenta. Solo le faltaba un título. Se despidió del perro, que seguía ladrando, y siguió su camino. En ese momento Leo se dio cuenta de que no sabía donde estaba.

¡Llevaba toda la mañana andando!

Vio que al final de la calle había unos letreros con indicaciones, así que se acercó.

Pudo leer:

ayuntamiento, mercado, biblioteca, **BOM-BE-ROS.**

¡Allí estaba el tercer título!





Las letras se desprendieron y llegaron a las manos de Leo.
Abrió la mochila y las guardó con cuidado.
¡Había conseguido el último título! Ahora ya podía volver a casa.

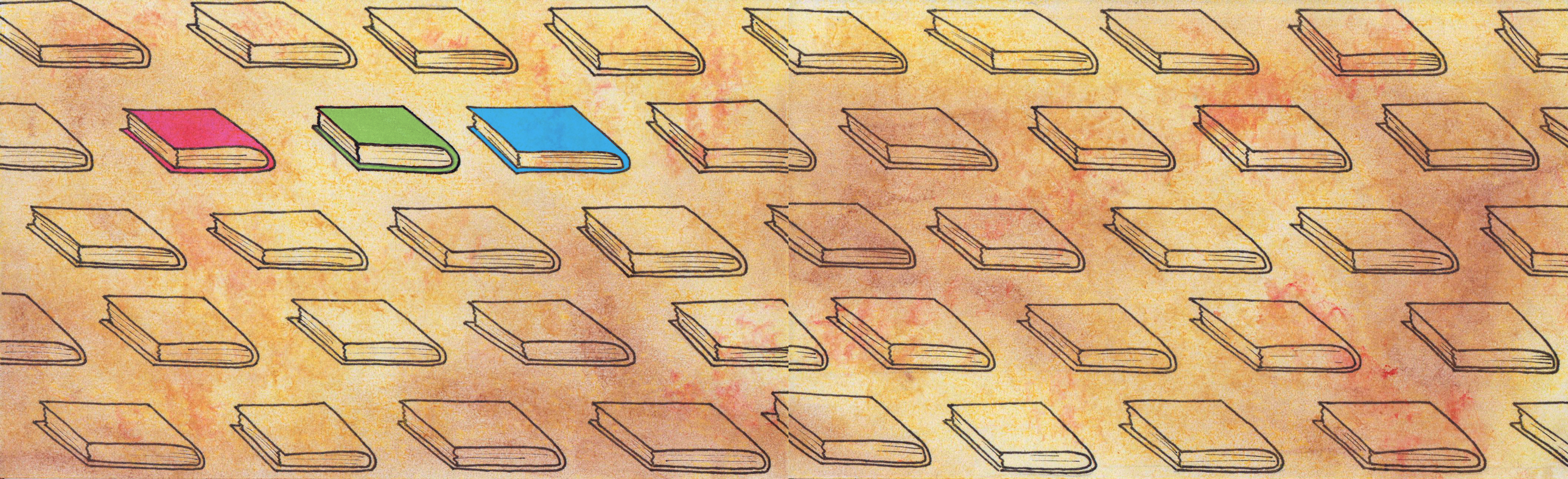


Cuando entró en su habitación estaba un poco nerviosa porque no sabía que pasaría. Dejo la mochila en el suelo y lentamente la abrió. Las palabras salieron volando y flotando por el aire, igual que cuando se fueron. Cruzaron la habitación, pero esta vez, para volver a sus portadas.

Desde ese día Leo empezó a leer otros cuentos y descubrió que, a parte de su libro rojo, había muchos otros que le gustaban. Ahora ya leía su libro **ROSA**, ya se sabía el título de su libro **VERDE** y ya pasaba las páginas de su libro **AZUL**. Aun así, antes de irse a dormir, seguía leyendo su libro **ROJO** para despedir los días con esas últimas palabras:



...y colorín colorado, este cuento se ha acabado.



A Leo le encanta leer y, como todos los niños, ella también tiene un cuento favorito. Lo lee todos los días y todas las noches y nunca se cansa. Pero...

¿Alguna vez te has preguntado que pasaría si siempre leyésemos el mismo cuento?

Descubre junto a Leo la historia de
Las palabras perdidas.

